

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 24 Septiembre de 1892

Núm. 17

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.<sup>A</sup>, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



EN EL RESTAURÁN

CUADRO DE FRANCISCO GÓMEZ SOLER

SUMARIO

**Texto.** — Crónica, por B.— Medio Juan y Juan y Medio (episodios de 1812), por el P. LUIS COLOMA. — Oriental (poesía), por JOSÉ ZORRILLA. — Una señorita china graduada, novela traducida del chino al inglés por el profesor DOUGLAS, traducción de J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN. — Advertencias.

**Grabados.** — En el restaurán, cuadro de FRANCISCO GÓMEZ SOLER. — ¡De él cuadro de TITO CONTI. — Primer amor, cuadro de CARLOS HOFF. — De las nubes al chocolate, por N. MORAL.

Crónica

CON motivo de las fiestas de Colón, el rey Humberto y la reina Margarita han ido á Génova, en cuyo puerto se han juntado barcos de guerra de diversas naciones. Brillante espectáculo ofrecía aquella rada con la vista de los soberbios acorazados que anclaron en ella, mas según noticias exactas, ni por el número de los buques de guerra ni por el número de los países representados por ellos, ha superado al que presentó el puerto de Barcelona en 1888, cuando nuestros reyes se hospedaron en esta ciudad para inaugurar la Exposición Universal. A Génova fué también una comisión de nuestro Ayuntamiento, que guarda las más cordiales relaciones con el de la expresada población italiana. Nuestros concejales fueron recibidos con el mayor cariño.

\* \* \*

Alguna inquietud ocasionaron á las autoridades de Génova los descargadores del puerto. Hallábanse éstos en huelga desde algunos días por oponerse á que funcionaran las grúas hidráulicas. Al citado puerto, uno de los mejores del Mediterráneo, se le ha dotado de los medios y elementos necesarios para facilitar la carga y descarga de los buques, cosa importantísima, ya que así se ahorran gastos de cuantía al comercio marítimo. Entre los aludidos medios figuran las grúas hidráulicas, como las tienen todos los puertos bien administrados, y que son de necesidad absoluta cuando se trata de elevar grandes pesos. Los descargadores genoveses entendieron que las grúas serían un ahorro de brazos, y por consecuencia pidieron que se dejase de emplearlas, y como no se les atendiera en su petición se declararon en huelga. Circularon voces de que los huelguistas aprovecharían la coyuntura de encontrarse el rey Humberto en Génova para hacer una manifestación, lo que puso en alarma á las autoridades, conforme antes hemos indicado. Tratóse de conjurar el peligro, celebráronse conferencias, según se verifica en tales casos, y á la postre se llegó á una transacción, según la cual, por espacio de tres meses, no se usarán las grúas hidráulicas cuya instalación produjo la huelga. Transcurridos los tres meses ¿qué sucederá? Muy de temer es que se reanude la huelga, pero entonces el rey Humberto no se encontrará en Génova y sus autoridades podrán obrar con mayor desembarazo y sin temor á los tumultos que ahora hubieran podido aguarles las fiestas preparadas con mucha pompa.

\* \* \*

Está concluída casi la guerra civil desencadenada en Marruecos á causa de la insurrección de la tribu de

Anghera. Los angherinos han sufrido fuertes reveses, mas no han sido menores los que han experimentado las tropas imperiales. En el ataque que éstas dieron á las fuertes posiciones de los insurrectos, el campo de batalla ofreció un cuadro verdaderamente horrible. El terreno que ocupaban los angherinos es muy accidentado: la lucha en tales condiciones era fatigosa, haciéndola aún más dura la falta de agua y el sol abrasador que anonadaban á las tropas del sultán, las cuales, en ciertos momentos, preferían entregarse á merced de sus perseguidores á seguir combatiendo en medio de tan espantables sufrimientos. *La infantería caía bajo la lluvia de balas que por los tres flancos le dirigían los insurrectos, y los moros, al caer, eran atropellados y pisoteados por la caballería que en su huída no pensaba más que en salvarse á todo trance.* A pesar de esto, la insurrección se encontraba quebrantada á la fecha de las últimas noticias; mas el estado político y social de aquellas tribus no permite esperar que, ni aun venciendo por completo S. M. Sherifiana, se consiga que reine orden estable en un territorio ocupado por gentes cuyo oficio y cuya ocupación bien puede asegurarse que consisten exclusivamente en batallar y en hallarse en guerra con todo el mundo.

El viaje hecho recientemente á Fez por el diplomático británico Sir Carlos Ewan Smith, para concertar un tratado de comercio, ha procurado nuevas y curiosísimas noticias sobre aquella ciudad musulmana, cerrada ó poco menos á los extranjeros. Sir Carlos, en las impresiones que ha publicado, se deshace en alabanzas de la fertilidad de las comarcas que hubo de atravesar, y á la vista de Fez muestra su admiración en términos muy encomiásticos. Dice que el aspecto de la referida capital es raro, pero pintoresco en grado superlativo. En su parte nueva se levantan los magníficos palacios del sultán, por el lado de poniente. En el opuesto se halla la ciudad vieja, por cuyo extremo superior se extienden series de espléndidos jardines terminados por elegantes casas á la moderna, en las que viven los altos funcionarios y empleados del gobierno. Añade el diplomático inglés que es muy notable el modo ingenioso empleado por sus moradores para dar á la capital y á sus alrededores un aspecto bello y sumamente pintoresco, sacando partido de los recursos naturales. No hay casa en la cual no abunde el agua potable, ni sitio en el que falte una fuente ó un surtidor con graciosos juegos de agua. «Bajo este aspecto, escribe, es decir, en lo que se refiere á la construcción arquitectónica en general, y á la forma y distribución de los jardines de los ricos, se ve que los moros han heredado las costumbres y los gustos de los antiguos persas.» Donde quiera que se han establecido los árabes y los moros han dado pruebas de idénticos gustos y aficiones artísticas, y de ello es ejemplo elocuente nuestra misma España, en la que todavía se conservan, en las comarcas meridionales, hábitos heredados de los antiguos moros y moriscos, que se revelan especialmente en los deliciosos y elegantes patines llenos de plantas y flores y adornados con fuentes y surtidores. Sir Carlos Ewan Smith manifiesta también que Fez, tan bella, tan pintoresca y tan imponente vista desde fuera, es interiormente un laberinto de calles estrechas, por donde no pueden pasar juntas de frente dos personas. Así son todas las poblaciones del Oriente, y así las edificaron también los moros españoles, como se ve todavía en callejas de Córdoba y Granada, obligados unos y otros por las exigencias del clima.

\* \* \*

No decrece por desgracia el cólera en las naciones invadidas por la epidemia. En París aumentaron marcadamente las invasiones y defunciones en la segunda quincena de Agosto y principios de Septiembre, noticia que ha publicado la prensa apoyándola en datos, á pesar de que la administración parisiense pone empeño en ocultar cuanto puede el curso y los progresos de la enfermedad. En verdad si á los quebrantos que han sufrido por causa de los aranceles extranjeros los fabricantes que trabajan en el llamado «artículo de París,» hay que agregar la falta de forasteros en aquella ciudad, los perjuicios serán de gran monta para los indicados industriales y para la población en general, y de ellos se resentirá el vecindario por largo tiempo. De ahí el afán que se pone para demostrar que la epidemia colérica de París no tiene la menor importancia ni por su carácter ni por las víctimas que causa.

\* \* \*

M. Carnot, el presidente de la República francesa, ha hecho una excursión á Chambéry y á Aix-les-Bains, visitando en este último punto al rey de Grecia, que le devolvió la visita en París. El entusiasmo rusófilo de los franceses se desahogó en Chambéry en unos versos zarrampines que pronunció ante M. Carnot un niño vestido á la rusa. El niño disfrazado y los versos han prestado materia para burlas á los periódicos de la nación vecina, incluso aquellos más aficionados al actual régimen.

B.

## Medio Juan y Juan y Medio

(EPISODIOS DE 1812)

¿Y qué nos hacemos ahora con este pueblo descatolizado?...—Volverlo á catolizar con la enseñanza, con la caridad, con el ejemplo.

I

UNA de las primeras víctimas de la fiebre amarilla del año 20 fué, en Sanlúcar, un pobre carbonero llamado Juan Barragán. Vivía en una miserable tiendecilla del barrio alto, ejerciendo su industria en compañía de su compadre y asociado Juan Chanca.

Arrojaron su cuerpo á la fosa común, y unas cuantas espuestas de tierra hicieron desaparecer su persona al par que su memoria. La oscuridad tiene sus ventajas, y el olvido después de la muerte no es la más pequeña de ellas en un país como el nuestro, en que no siempre se observa aquella sabia ley de Solón que prohibía tachar la fama de los muertos.

A pesar de su insignificancia, Juan Barragán mereció los honores de la celebridad; pero cada talento especial requiere su época, y Juan Barragán se adelantó á la suya. Hércules, en el siglo XIX, hubiese sido á lo más un maestro de gimnasia, y los siglos mitológicos llorarían la falta de su Amadís de Gaula. Juan Barragán, nacido en nuestros días, hubiera llegado á ser un ministro de Hacienda; pero nació en los pasados, y no pudo salir de su oficio primitivo: carbonero y prestamista. Su ingrata época no

añadió á su nombre ningún retumbante título; sólo tuvo para aquel genio desperdiciado, para aquel brillante sin reflejos, porque ningún rayo de la actual civilización vino á herirle, el apodo de *Medio Juan*, que por su endeblez física le daban.

*Medio Juan* tenía conciencia de su debilidad, y, como en su nombre, creíase en su persona incompleto. Pero Dios, que nunca deja mancas sus obras, le sugirió la idea de buscar un complemento en su compadre Juan Chanca, que por su colosal talla era llamado en el pueblo *Juan y Medio*.

Así, pues, el Juan falto buscó y halló en el Juan sobrante el apoyo que el alma encuentra en el cuerpo: era bastante matemático para comprender que

$$\frac{1}{2} \text{ Juan} + 1 \text{ Juan} \frac{1}{2} = 2 \text{ Juanes.}$$

Era *Medio Juan*, en la sociedad creada, la inteligencia que medita y plantea; Juan y *Medio* la fuerza bruta que vence los obstáculos y pone en práctica.

El uno, sin salir de la tienda, procuraba engañar á todo bicho viviente, incluso á su asociado; el otro era siempre el editor responsable, la última razón que alegaba *Medio Juan* en las continuas pendencias que sostenía con sus marchantes y deudores.

Pero, á pesar de que el primero tenía sobre el segundo la ventajosa diferencia que el espíritu tiene sobre la materia, nunca pudo hacerle víctima de sus enredos.

A la superioridad ladina de *Medio Juan* la enfrenaba su endeblez física, y la inferioridad intelectual de Juan y *Medio* se apoyaba en la exagerada desconfianza del estúpido que siempre se cree engañado, y en la salvaguardia de sus puños, que de un solo golpe atontaba una res.

En la noche del 25 de Agosto de 1812, la sociedad liquidaba cuentas. La puerta se hallaba asegurada por dentro con una enorme tranca, y sobre el mostrador había un velón de metal, con una sola de sus cuatro piqueras encendidas. *Medio Juan*, sucio por el abandono y por el carbón tiznado, cotejaba una porción de papeles cubiertos de colosales números, y, murmurando cifras y guarismos, iba apilando las monedas de un gran montón de dinero que ante sí tenía. Juan y *Medio*, con los codos apoyados en el mostrador y en ambas manos la cabeza, miraba con marcada desconfianza ora las cuentas en los papeles escritas, ora la fisonomía astuta de su compañero, ya las monedas que poco á poco se iban apilando unas sobre otras.

Había aquella noche descargado en Sanlúcar una tormenta espantosa, que amenazaba arrancarlo de cimientos: torrentes de lluvia caían del barrio alto al bajo, amenazando inundarlo, y el mar subía también hacia allí, bramando como una fiera hambrienta que pide su presa. La lluvia había apagado alguno que otro farol que ardía en las calles ante una imagen; las nubes ocultaban las estrellas del cielo, y sólo de cuando en cuando, un relámpago hacía ver las primeras desiertas y el segundo encapotado.

Mas no era la tormenta la sola causa que producía en Sanlúcar aquella soledad en las calles y aquel silencio en las casas. El mariscal Soult había levantado el sitio de Cádiz, y los franceses se retiraban. Un destacamento de éstos que se hallaba en el pueblo debía de partir aquella noche, y, temerosos los vecinos de que los franceses celebrasen su marcha con escenas de robos y pillaje, había cada cual cerrado su puerta, escondido los dineros y alhajas y preparádose á la defensa. En el barrio alto, no por estar *avecindado en lo general por gente pobre*, dejaba de observarse la misma silenciosa alarma: ni una luz, ni una

puerta abierta, ni la menor señal de persona viviente se notaba que pudiese demostrar no ser aquella una población de muertos. Sólo la carbonería de los Juanes dejaba escapar, por la cerradura y rendijas de la desquiciada puerta, algunos reflejos de tenue luz.

—A treinta y dos duros, trece reales y un piquillo de seis cuartos partimos, compadre, dijo al fin Medio Juan, colocando detrás de su oreja la colosal pluma de ave de que se servía.

Y, alargando á su asociado las enmarañadas cuentas, añadió:

—Aquí están los papeles que lo cantan.

Tomó éstos Juan y Medio, y, después de mirarlos por todos lados, los arrojó sobre el mostrador, meneando la cabeza.

—Yo no entiendo estas cuentas ni estas pláticas, dijo:

—¿Y qué le hago yo, compadre?... ¿Acaso sabe usted algo más que arrear borricos?

—Pues cate usted por qué sé también que al burro tonto lo mete en vereda el arriero loco, replicó Juan y Medio, mirando fijamente á su compadre.

—Pero, ¿qué cuenta es la que usted entiende, señor? dijo Medio Juan, bajando los ojos ante los de su temible asociado.

—Una entiendo, y es la del cabrero.

—¡Ya!... Cabra fuerá, peso duro en la montera... Pues ajústela usted pronto, que agua ha de ser esa cuenta si es más clara que la mía.

Juan y Medio colocó su ancha y musculosa mano sobre el montón de pesos duros, y preguntó á su compadre:

—¿Qué son éstos?...

Miróle Medio Juan admirado, y, creyendo que se burlaba de él, contestó mohino:

—Berengenas.

—¿Todas?...

—*Tóitas*...

—*Mu* bien hablado, compadre... Y usted, ¿quién es?

—¿Yo?...

—¡Usted!

—¡Un pícaro! dijo Medio Juan, dándose por ofendido de la desconfianza de su compadre.

—Y yo un pícaro y medio, contestó éste sin inmutarse. Conque cate usted aquí mi cuenta.

Y, acompañando con la acción la palabra, fué diciendo:

—Una berengena para el pícaro y otra para el pícaro y medio... Una para el pícaro, y otra para el pícaro y medio...

Medio Juan le miraba hacer, royéndose las uñas en silencio, y apilaba las monedas que con el nombre de berengenas le iba entregando su compadre. De repente sonó un fuerte golpe en la puerta, que hizo crujir sus mal unidas tablas. Medio Juan dió un salto en la silla, extendiendo ambas manos sobre el montón de dinero, y Juan y Medio levantó vivamente la cabeza, empuñando, sin decir palabra, un trabuco naranjero que en un rincón se hallaba. Reinó un corto silencio, interrumpido sólo por el recio golpear de la lluvia que caía á torrentes. Un nuevo golpe, seguido de otro aun más fuerte que el primero, hizo á Medio Juan saltar azorado de su asiento y á Juan y Medio dar un paso hacia la puerta, montando antes el trabuco.

—¿Quién va? preguntó en recia voz, mientras Medio Juan le cogía por un brazo, murmurando angustiado:

—¡Pare usted, compadre!... ¡Pare usted, que nos perdemos!..

Y tan rápida como calladamente sepultó el dinero en el fondo de una espuerta, que llenó luego de carbón; después apagó la luz de un soplo.

Quedó la miserable tendecilla alumbrada solamente por una candileja que ardía en la pared ante una estampa de la Virgen, cuya moribunda luz prestaba á los objetos una movilidad fantástica. Medio Juan aprovechó esta oscuridad para remover en el fondo de la espuerta, ya fuese guiado por sus instintos rapaces, ya con objeto de ocultar mejor el dinero; pero Juan y Medio, que no le perdía de vista, le atrajo hacia sí bruscamente, diciendo:

—¡Deje usted quieta la espuerta, compadre!

—¡Señor, por María Santísima! murmuró éste, si iba á ponerla mejor...

Oyóse entonces en la calle un murmullo de voces, que el ruido de la lluvia hacía ininteligible, seguido de nuevos y cada vez más fuertes porrazos en la puerta. De repente gritó una voz ronca y malhumorada:

—¡*Eh quoi donc!*... ¡*Enfoncez la porte!*... (1).

—¡Los franchutes! exclamó Medio Juan, despavorido, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Los franchutes! exclamó Juan y Medio, abriendo de par en par la puerta, sin soltar por eso á su compadre.

## II

Una fuerte bocanada de viento y de lluvia penetró en la tienda al abrir Juan y Medio la puerta; la ya moribunda luz de la candileja se apagó instantáneamente, y las cuentas de Medio Juan volaron de un lado á otro. Al mismo tiempo vieron ambos compadres precipitarse en la tienda cuatro soldados franceses, envueltos en largos capotes que chorreaban agua por todas partes.

—¡Eh... cristiano!... ¡Abra usted los ojos! gritó Juan y Medio, rechazando bruscamente á uno de ellos que con él había tropezado.

El francés perdió el equilibrio y cayó sentado en el suelo, jurando y blasfemando en su idioma y amenazando á Juan y Medio con ambos puños. Apaciguáronle sus compañeros, mientras Medio Juan temblaba como un azogado y Juan y Medio se replegaba contra la pared, dispuesto á hacer uso de su trabuco.

Pero los franceses, que parecían venir de paz, se limitaron á examinar las paredes de la tiendecilla, como si buscasen alguna salida, á la luz de una linterna que uno de ellos traía; cambiaron luego entre sí algunas palabras en su idioma, y acercándose á Medio Juan el sargento que los capitaneaba, le preguntó:

—¿Los borricos?...

—¿Los borricos? repitió éste.

—Allí asoman las orejas, dijo Juan y Medio, señalando la sombra de los morriones franceses que se proyectaba en la pared.

Volvió el sargento la cabeza hacia el sitio indicado, y ya fuera que no entendiese la maliciosa salida de Juan y Medio, ó que la prudencia le aconsejaba huir de réplicas peligrosas, tornó á preguntar al primero:

—¿Dónde están tus borricos?

—¿Mis borricos, señor? contestó Medio Juan. ¡Si yo no tengo ninguno!...

El francés hizo una señal de duda, y Medio Juan continuó humildemente:

—¡Créame su merced, por la gloria de mi madre!... Yo soy un pobre infeliz que no tiene más que estos cuatro ciscos para ganarse la vida!

(1) ¡Y bien! ¡Echad la puerta abajo!

—Dame á mí tus *borricos*, replicaba el francés impaciente; *le capitán lo comanda*.

—¡Señor, por María Santísima! gritaba Medio Juan. ¡Que me parta ahora mismo un rayo si tengo yo un *ruchillo* siquiera!...

—¡Lo que era menester es que lo partiera á usted por gallina! exclamó de repente Juan y Medio, dando un empujón á su compadre.

Y adelantándose hacia el francés, le dijo colérico:

—¡Los borricos están en la cuadra, y al amo lo tiene usted delante!... Conque ¿qué se ofrece?

—¡No lo crea usted, señor! gimió Medio Juan cada vez más angustiado. Aquí no hay más borrico que ese hombre, que va á ser mi perdición.

—¡Calle usted la boca, compadre, y sáquese la vergüenza, si es que la tiene escondida! replicó Juan y Medio.

Y volviéndose hacia el francés, que ya empezaba á incomodarse, añadió:

—¿Se sabrá lo que usted quiere?

—*Ye quiero que tú me donnes los borricos.*

—Pues á mí no me da la real gana de dárselos.

—*Et por qué?* exclamó el francés, colérico, al par que sorprendido de semejante arrogancia.

—¡Porque á mis bestias no les calienta el lomo ningún franchute, más que fuese el mismo Pepe Botella!

Al oír esto los franceses echaron mano á sus armas, y Juan y Medio levantó el trabuco, dispuesto á disparar un tiro al primero que diese un paso adelante. Medio Juan se refugió en un rincón, mesándose los pelos y gritando angustiado:

—¡Compadre, no sea usted bruto!...

En este momento apareció en la puerta un oficial francés, seguido de otros cuantos soldados, y los que se hallaban en la tienda bajaron al punto las armas. El sargento habló en su idioma con el recién venido, señalando á los dos Juanes, de los cuales, el uno se mantenía en guardia con su trabuco montado, y el otro salía de debajo del mostrador, al ver ya la paz restablecida.

Acercóse entonces el oficial francés á Juan y Medio, y con los mejores modos y en español correcto, le dijo:

—Oiga usted, amigo: yo no vengo á robarle sus borricos... Quiero tan sólo que me los alquile para llevar á Jerez, esta misma noche, unos barriles de pólvora.

—¿Lo ve usted, compadre, como sus mercedes no venían á ninguna *tropiña*? dijo Medio Juan acercándose.

—Se pagará bien y adelantado, añadió el francés metiendo la mano en el bolsillo.

—¡Ni que me dieran mi peso en oro, sirvo yo á franceses! contestó Juan y Medio fieramente.

—No le haga caso su mercé, que este hombre no sabe lo que se dice, dijo Medio Juan. Entiéndase usted conmigo, que yo le llevaré hasta el fin del mundo.

—¿Cuántos burros hay? preguntó el francés.

—Tres, y la liviana (1) cuatro.

—Bastan los tres... Usted vendrá con nosotros.

—Como su mercé mande.

El oficial, que parecía intranquilo, dió á Medio Juan tres monedas de oro, diciendo:

—Tome usted, por ahora, y no perdamos tiempo.

Al ver brillar el dinero, Juan y Medio bajó el trabuco, y dió un paso hacia su socio.

—Compadre, usted cerrará la puerta, le dijo éste indicándole con un expresivo guiño el sitio en que había escondido el dinero.

—Yo voy con usted, contestó Juan y Medio.

(1) La burra más ligera que sirve de guía en la recua.

—¿Pues no decía usted que no quería venir?

—Y ahora digo que voy.

—Compadre, tiene usted más pareceres que un abogado, dijo Medio Juan encogiéndose de hombros, porque sabía que toda discusión era inútil.

Frente por frente de la casa había un establo donde se hallaban los borricos; en un momento estuvieron éstos aparejados con cabezón y albarda, y cubiertos ambos carboneros con sus sayales de paño burdo, que les preservaban en parte de la lluvia. Juan y Medio no había soltado su trabuco, ni ayudado en lo más mínimo á su compadre, que, con una actividad maravillosa, todo lo disponía.

—Deje usted esa escopeta, dijo al Hércules el oficial.

—No señor, replicó Juan y Medio. Esta es mi mujer, y, donde quiera que yo voy, viene conmigo.

Entonces preguntó Medio Juan tímidamente:

—¿Y adónde vamos?

—Al castillo, le contestaron.

La caravana se puso en marcha, bajando del barrio alto al bajo, y tomando entonces el camino del castillo, situado en la playa, á un cuarto de hora del pueblo. Causaba ese terror que inspira siempre lo misterioso y desconocido ver atravesar aquellos hombres encapotados las desiertas calles, marchando lentamente, porque el tardo paso de los burros no les permitía caminar más á prisa, y sin que la tempestad les aterrara, ni los truenos les impusiesen, ni la lluvia que caía á torrentes les hiciera apresurar el paso.

A veces, cuando el viento cesaba de mugir y los truenos no retumbaban, dominaba el ruido de la lluvia el tardo y acompasado andar de los franceses, que producía un extraño y pavoroso efecto. Solía entonces abrirse lentamente alguna que otra ventana, y el recio golpear de la lluvia impedía llegasen á oídos de los extranjeros las maldiciones é injurias con que los vecinos celebraban su partida. De una casa situada á la salida del barrio bajo dispararon un tiro, cuya bala pasó rozando el alto morrión del sargento.

La playa presentaba un aspecto de terrible grandeza, á que la noche prestaba el sentimiento de terror que inspira: distinguíanse hacia el lado del mar enormes masas negras que, ora se alzaban, ora caían mugiendo horriblemente; y entre el ronco estruendo de los truenos y el espantoso bramar de las olas oíase á intervalos, como un grito de angustia entre el fragor de una batalla, el lúgubre son del caracol que sirve de seña á los pescadores, á quienes la necesidad empuja y el miedo no arredra, y que navegan confiados en el faro que, al presentar sus distintas fases, aparece ya amarillo, como la palidez del espanto, ya rojo, como los tintes de la sangre fresca, ya verde, cual una esperanza viva que anima y consuela y hace cerrar los ojos para salir sin temor al encuentro del porvenir.

A veces, cuando un relámpago iluminaba aquella escena de la naturaleza, espantosamente sublime, se veía dibujarse sobre su luz rojiza la negra silueta del castillo, que desafiando al cielo y arrollando al mar, se adelantaba por entre sus olas como un valiente centinela para gritar: —¿Quién vive?—al atrevido que osa acercarse.

En el primer patio del castillo se hallaba el resto del destacamento francés, custodiando seis barriles cuidadosamente envueltos en cubiertas de empleita. Los soldados ayudaron á Medio Juan á cargar cada uno de los borricos con dos de aquellos misteriosos barriles, que ataron sobre las albardas con fuertes cordeles. Juan y Medio, apoyado en su trabuco, los miraba hacer sin prestarles auxilio de ningún género.

De pronto, al levantar trabajosamente del suelo uno de aquellos barriles, dijo Medio Juan, cruzando con su compañero una mirada rápida cual un relámpago:

—Más pesan que si estuvieran llenos de oro...

—¡Ya está acá! murmuró Juan y Medio sin moverse de su sitio.

—*Allons!... la nuit s'en va!...* (1) dijo un oficial anciano á quien todos prestaban obediencia.

Los franceses abandonaron por fin el castillo, dirigiéndose hacia un espesísimo pinar que nacía en la misma playa. Cerraban la marcha ambos oficiales montados á caballo, y volviendo á cada instante los rostros hacia atrás como si esperasen algo. De repente sonó una detonación espantosa que los ecos de las olas prolongaron: los fugitivos se detuvieron aterrados, volviendo los ojos hacia el castillo, y al reflejo de una inmensa hoguera, que la copiosa lluvia no era bastante á apagar, vieron volar aquellas erguidas torres que amenazaban al cielo, y caer aquellos robustos muros que resistían al mar. La tempestad enmudeció por un momento, como asombrada de que el hombre destruyese lo que respetaba ella misma; sonó entonces una risa de demonio, y el francés viejo gritó: *Allons!! C'est la France qui vous dit adieu!...* (2).

P. LUIS COLOMA.

(Concluirá).

## Oriental

**D**UEÑA de la negra toca,  
la del morado monjil,  
por un beso de tu boca  
diera á Granada Boabdil.  
Diera la lanza mejor  
del zenete más bizarro,  
y con su fresco verdor  
toda una orilla del Darro.  
Diera las fiestas de toros,  
y, si fueran en sus manos,  
con las zambras de los moros  
el valor de los cristianos.  
Diera alfombras orientales,  
y armaduras, y pebetes,  
y diera... ¡que tanto vales!  
hasta cuarenta jinetes.  
Porque tus ojos son bellos,  
porque la luz de la aurora  
sube al oriente desde ellos,  
y el mundo su lumbré dora.  
Tus labios son un rubí  
partido por gala en dos...  
le arrancaron para tí  
de la corona de un Dios.  
De tus labios la sonrisa,  
la paz de tu lengua mana...  
leve, aérea, como brisa  
de purpurina mañana.  
¡Oh! ¡qué hermosa nazarena  
para un harem oriental,

(1) ¡Vamos!... ¡la noche pasa!

(2) ¡¡Vamos!!... Es Francia que os dice ¡Adiós!

No es nuestro ánimo imputar los hechos vandálicos cometidos en España por los invasores de aquella época á los hijos de la noble y desgraciada Francia, á quien tan de corazón amamos y admiramos. Sólo es responsable de ellos aquel ejército de advenedizos de todas las naciones que trajo á nuestra patria el gran bandolero de tronos y coronas, Napoleón Bonaparte.

suelta la negra melena  
sobre el cuello de cristal,  
en lecho de terciopelo,  
entre una nube de aroma,  
y envuelta en el blanco velo  
de las hijas de Mahoma!  
Vén á Córdoba, cristiana,  
sultana serás allí,  
y el sultán será ¡oh, sultana!  
un esclavo para tí.  
Te dará tanta riqueza,  
tanta gala tunecina,  
que *has de juzgar* tu belleza  
para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,  
por un beso de tu boca  
diera un reino Boabdil;  
y yo por ello, cristiana,  
te diera de buena gana  
mil cielos, si fueran mil.

JOSÉ ZORRILLA.

## Una señorita china graduada

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

por

EL PROFESOR DOUGLAS

### CAPITULO II

**I**MPACIENTE por emprender una expedición de la cual tanto esperaba, Eglantina se despidió de su padre poniéndose inmediatamente en camino. Al oscurecer entraba ya en los suburbios de Ch'engtú, capital de la provincia, y envió al Dragón en busca de una posada decente para alojarse durante los dos días que á su juicio había de pasar en la ciudad.

Quando hubo restaurado sus fuerzas con una excelente comida, salió Eglantina á tomar el fresco y á descansar en un patio al cual daba su aposento. Quiso el diablo que junto á ese patio hubiese una casa cuyas ventanas le dominaban por completo y se hallaban precisamente situadas enfrente del sitio en donde se había sentado Eglantina.

Esto nada tenía de particular, y sin embargo, al cabo de un rato la joven sintió que una fuerza magnética atraía sus miradas hacia aquellas ventanas. Trató de evitar aquella obsesión y no pudo. Una vez le pareció observar que se agitaban las cortinas. Para cerciorarse de la exactitud de este descubrimiento fingió contemplar muy abstraída el suelo alzando de repente los ojos, y vió que á toda prisa se escondía detrás de la cortina una niña de peregrina hermosura.

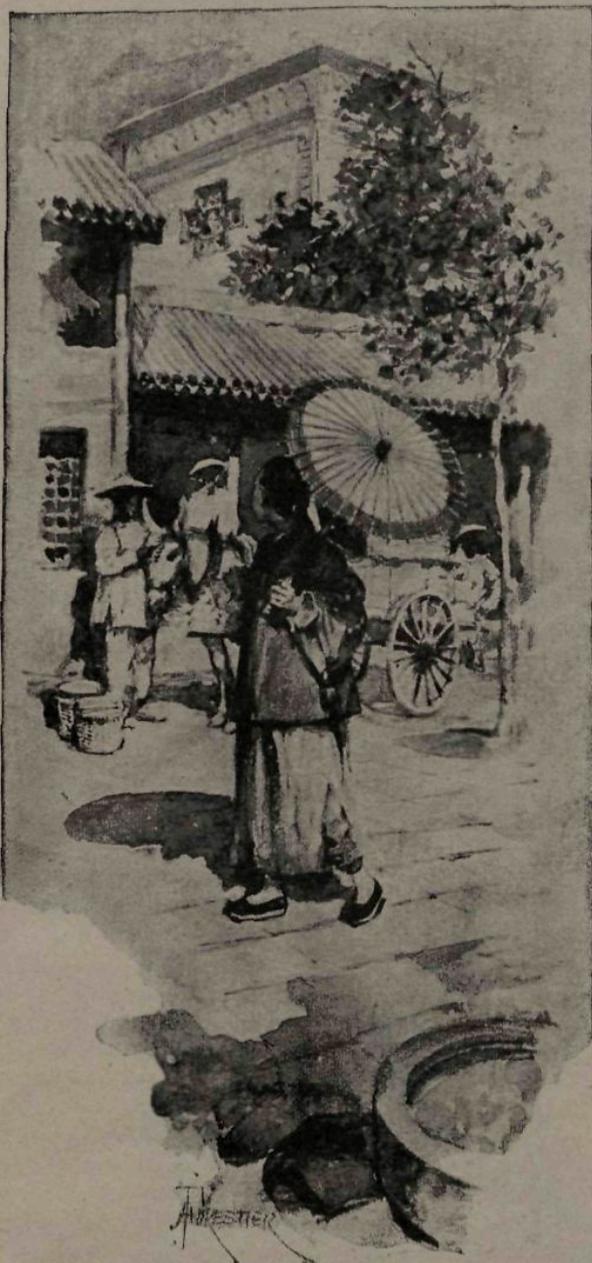
—Si realmente fuese hombre, dijo para sí Eglantina, el corazón debería darme un brinco á la vista de tan soberana belleza, y creeríame obligado á jurar que había de ser dueño de ella, aunque hubiese de arrancarla de las fauces de los monstruos más descomunales. Como no tengo de hombre sino el traje, llevo á los individuos del sexo fuerte la ventaja de poder tomar á broma la aventura, durmiendo á pierna suelta sin que su recuerdo alborote mi fantasía.

Al día siguiente estuvo Eglantina muy ocupada visi-

tando á varios personajes para hablarles del asunto que motivaba su viaje, volviendo á la posada entre dos luces. Al cruzar el patio miró instintivamente á la ventana y otra vez se le apareció aquella visión tan fugitiva como hechicera.

—Si pudiese decirle quién soy, pensó Eglantina, no tendría tanta afición á mirar hacia acá.

Mientras hacía estas y otras análogas reflexiones entró



Al cruzar el patio miró instintivamente á la ventana

en el patio una doncella con una cajita en la mano, acercóse á Eglantina y haciendo una profunda reverencia dijo con turbado acento:

—Señor, el cielo os colme de felicidades. Mi joven ama, la señorita King, cuya modesta morada está pegada á este mesón, viéndoos tan solitario, me ha enviado para entregaros estas frutas y este puñado de té, rogando que os dignéis aceptar este insignificante donativo.

Así diciendo, entrególe la caja que contenía unas magníficas peras y un paquete de aromoso té.

—¿A qué debo tanto honor? preguntó Eglantina; porque yo no tengo el de conocer á vuestra señorita.

—Mi señorita dice, respondió la doncella, que entre tantos centenares de individuos como entran y salen de esta posada no ha visto ninguno que se os pueda comparar por el rostro ni por las maneras. En cuanto tuvo el gusto de veros, comprendió que debíais pertenecer á una noble é ilustre familia, y habiendo sabido, por los que os acompañan, que sois hijo de un coronel, hase atrevido á enviaros estas bagatelas, como suplemento á la miserable comida de la posada.

—Decidme algo de vuestra señorita, replicó Eglantina llevada de un invencible sentimiento de curiosidad.

—Mí señorita, respondió la doncella, es hija del señor King, que fué vicepresidente de uno de nuestros tribunales. Habiendo descendido sus padres á la región de las Fuentes Amarillas, vive actualmente con una tía, bendecida por el dios de la riqueza y cuyo pensamiento favorito, por no decir su única idea, es encontrar un joven digno de obtener la mano de su sobrina. Mi señorita tiene un primo que figura entre los más opulentos habitantes de esta capital. Los edificios más suntuosos de ella le pertenecen, de modo que sus rentas son ilimitadas como la extensión de los cuatro mares. Éste tiene tanto empeño como su madre en encontrar un novio para su prima, y ha prometido que tan pronto como haga ésta su elección hará él todas las diligencias necesarias para que pueda realizarse cuanto antes la boda.

—Comprendo, repuso Eglantina, que una señorita dotada de tanta riqueza y hermosura ha de verse asediada por una nube de pretendientes venidos de los cuatro ángulos del imperio.

—Así es, respondió la doncella, y por cierto que su distracción favorita es contemplarlos desde su ventana, pues, como podéis suponer, todos vienen á alojarse en esta posada. Es cosa de risa oír cómo hace burla de ellos. «Éste, dice, con su birrete de bachiller, su flamante vestido de oficial y su desgarbada figura, mira siempre en torno volviendo á todos lados la cabeza como una cigüeña. Pues, ¡y ese otro, con sus anchas espaldas, su cara de mona y sus piernas de patizambo! También está gracioso.»

—¿Qué dirá de mí? repuso Eglantina.

—De vucencia dice que no sabe á quién compararle y que su mayor deseo es que los Hados que guiaron nuestro carruaje hacia acá no quieran hacerla consumir contemplando una vana visión, sino uniros á ella con el lazo del matrimonio.

—¡Cómo podía yo esperar tanta dicha! exclamó Eglantina sonriéndole. Decid á vuestra señorita que no tengo nada que ofrecerle, que sea digno de ella, en pago de sus preciosos presentes, y que muy á pesar mío he de contentarme con manifestarle mi ilimitado agradecimiento.

La doncella despidióse de Eglantina haciendo muchas reverencias y reiterando sus votos por la dicha y la incabable longevidad del apócrifo mancebo.

—Miren por donde una chica de ingenioso entendimiento puede equivocarse como una tonta, dijo Eglantina mientras se alejaba la doncella. Esta aventura me recuerda aquel cuento de hadas en el cual se relatan las angustias de un hombre enamorado de una sombra. Por mi vida, que como no obre Dios un milagro, no va á pasarlo mejor que él esa errada muchacha.

Así diciendo, cogió un pedazo de papel é improvisó unos versos que decían:

«Con unos pensamientos ardientes como una sed inex-



¡DE ÉL!  
CUADRO DE TITO CONTI



PRIMER AMOR  
CUADRO DE KARL HOFF

tinguible me envía un fruto fragante y dulce como la miel. Sin ruborizarse busca al fénix de los huéspedes, que vive solo como el laúd encerrado en su estuche.»

Cuando hubo hecho este esfuerzo mental, Eglantina fué á acostarse sin que las revelaciones de la doncella fuesen parte á turbar su ánimo privándola de dormir de un tirón toda la noche.

A la mañana siguiente maravillóse no poco al ver comparecer de nuevo á la amable mensajera del día antes con un plato de yemas de huevos frescos, desleídas en agua caliente con azúcar y ron, y una tetera llena de humeante y aromático té, la cual pidió á Eglantina que se dignase aceptar estos humildes regalos.

—Mil gracias por tanta amabilidad, dijo Eglantina.

—¡Lástima de silla para tal caballo! replicó la doncella. No es á mí á quien debéis agradecer la fineza, sino á mi señorita, que me ha enviado y que con sus propias manos ha confeccionado el té y ha roto la cáscara de los huevos.

—Vuestra señorita, respondió Eglantina, es tan buena como hermosa. ¡Cómo puedo yo, pobre forastero, pagar tantas bondades! Esperad, añadió recordando los versos improvisados la noche antes y pensando que podían ser un buen tónico para la impresionable muchacha; tengo ahí unos versos que le ruego acepte como testimonio de mi agradecimiento.

Dijo, y entrególe un pliego de papel color de flor de melocotón, en el cual había copiado su poesía.

Cuando se hubo despedido la doncella, dijo Eglantina para su sayo:

—Si la señorita King sabe penetrar el significado de mis versos, tengo para mí que van á hacerle poquísima gracia. Verdad es que la tontería fué creada por la Providencia para librar de muchas desazones á la mayoría de los seres humanos.

Así fué en efecto. La señorita King pensó enloquecer de júbilo al recibir los versos y púsose á escribir sin dilación, ganosa de replicar á Eglantina, haciéndole comprender que había encontrado la horma de su zapato. Por último, después de mucho recapacitar, corregir y escribir de nuevo, acabó por dar á luz un laborioso engendro poético, que literalmente traducido del chino dice de este modo:

«Estaba Sung Yuh sentado en la muralla oriental, sumido el espíritu en hondas reflexiones, porque él y P'i sentían vehementes tentaciones de coger el aromoso fruto. ¿A qué tomar otra vez el viejo laúd si ya se han tocado todas las armonías conocidas?»

Después de copiar los versos en un pliego de papel vitela lo envió á Eglantina por medio de su fiel mensajera. Al recibir la poética misiva sonrióse la muchacha y dijo:

—Vuestra ama debe ser una señorita de muy despejado entendimiento. Estas líneas, tan frívolas en apariencia, son en realidad incomparables.

Con todo, por más que Eglantina se sintiese propensa á tomar á broma el asunto, no se le ocultaba que éste tenía un lado serio, por cuanto había acometido la empresa faltando á la verdad públicamente y á sabiendas. Bien se le alcanzaba que donde decía la poetisa Sung Yuh, debía leerse la señorita King y que P'i era un modo alegórico de representar al falso mancebo que tan enamorada la tenía. Esta consideración la acabó de afirmar en su resolución de poner término cuanto antes á las coquetearías de la inflamable señorita, si en todo tiempo y lugar enojosas, en aquella sazón insoportables por razón de las especiales circunstancias en que se hallaba Eglantina.

—En verdad no sé cómo demostrar á vuestra ama mi agradecimiento, respondió decidiéndose á mentir por vez postrera. Si fuese dueño de mi corazón, probablemente no me haría de rogar para dirigir mis pasos hacia el albérchigo emplumado (1). Por desgracia he de confesaros que soy casado. Si hubiese tenido la dicha de conocer antes á la señorita King, tal vez fuera hoy más venturoso. Después de todo hállome en la misma posición que otros muchos, pues no conozco ninguna que no haya sentido alguna vez vivos deseos de gritar como los chicos jugando á cara ó cruz: ¡cara! por el gusto de volver á probar fortuna.

—Malas noticias son esas para mi pobre señorita, que tan prendada está de vos desde el primer día que os vió, y cuando una joven enamorada tiene que renunciar á la ilusión que la absorbe y hechiza, vuélvese peor que el niño á quien arrebatan una golosina. Pero estas son palabras ociosas. Aun no he encontrado á un hombre capaz de comprender á una mujer.

—Creed que lo siento en el alma, respondió Eglantina procurando reprimir una sonrisa. Como decís muy bien, una señorita es para mí un libro sellado. Sin embargo, he oído decir que los caprichos de las niñas son variables como la sombra del bambú, y por lo tanto me atrevo á esperar que aunque la señorita King vea ahora muy nublado el cielo, esa niebla que hoy lo vela se disipará mañana abriendo paso á la brillante aurora.

La doncella, que no veía la hora de participar á su ama estas nuevas, despidióse sin contestar palabra.

No viéndola parecer por allá á la mañana siguiente, pensó Eglantina que su embuste había producido un maravilloso efecto curativo en el ánimo de la enamorada muchacha. Esta convicción fué para ella un grande alivio, porque la aventura iba haciéndose pesada, y sin embargo, no sentía remordimientos al engañar á la señorita King representando aquella comedia, realmente censurable.

Su carácter no le permitía simpatizar con tan repentinas y arrebatadas pasiones. El amor que profesaba á Tu habíase desarrollado gradualmente en su alma por espacio de muchos meses, y no comprendía ni le gustaba la impresionabilidad de una chica tan violentamente enamorada de un mancebo á quien sólo había visto desde lejos tomando el fresco al levantarse de la mesa.

Parecióle, por consiguiente, que se había quitado un gran peso de encima y respiraba con más libertad cuando al otro día salió á la calle para hacer sus visitas de despedida al gobernador y al juez de la provincia, que se habían tomado un grande interés por el coronel Wun desde que Eglantina se había encargado de su defensa. Ambos habían prometido hacer cuanto estuviese en su mano en favor del preso, colmando á Eglantina de testimonios de benevolencia en forma de frutos raros y otros exquisitos manjares. Aquel día el gobernador la convidó á comer, y era ya muy tarde cuando volvió Eglantina á la posada.

Al día siguiente levantóse muy temprano, con la idea de partir antes del medio día, y encontrábase en el patio dando instrucciones al Dragón para la marcha, cuando vió con estupor que nuevamente se le acercaba la doncella de la señorita King, que sonriéndose con expresión maliciosa le dijo:

—¿Cómo es posible que un hombre tan joven como vuestro sepa fingir con tanta maestría?

—¿Qué queréis decir? preguntó Eglantina.

—Anoche me dijisteis que erais casado, noticia que llenó de pesadumbre el corazón de mi ama. Por fortuna ocurriósele después enviarme á pedir informes á vuestros

(1) Emblema nupcial.

criados, y por ellos se ha sabido que no teníais mujer ni novia. Excuso deciros cuánto se ha regocijado la señorita King al oír tales nuevas. Al momento ha pedido á su primo que viniera á veros ofreciéndoo formalmente su mano, y enviame ahora á mí á fin de participaros que va á llegar dentro de poco rato.

Todos sabéis lo que es pasar de un humor gozoso á un profundo abatimiento de ánimo, como pasa á veces la naturaleza del esplendor de un día sereno á la triste lobreguez de un cielo tempestuoso. Así le sucedió á la pobre Eglantina, viendo renacer las dificultades suscitadas por aquella constante pesadilla cuando creía haberse librado para siempre de ella. Invocó todos los anatemas del cielo sobre las cabezas de Dragón y de su mujer, maldiciendo la hora en que se le había ocurrido llevarlos consigo.

Apenas había terminado esta letanía de improperios, cuando se abrió de par en par la puerta de la posada y entró en ella un criado llevando en la mano una larga y encarnada tarjeta de visita en la cual estaba inscrito el nombre del opulento dueño del inmueble. En pos del criado, y á pocos pasos de distancia, seguía el joven King, muy ceremonioso y expansivo, el cual, después de hacer muchas reverencias, dijo:

—Permita vucencia que le presente mis respetos.

Tan atónita había quedado la pobre Eglantina, que hasta olvidó sus hábitos irreprochablemente corteses, indicando apenas al recién llegado, con un ligero movimiento de su diestra, que se sirviese tomar asiento. Por fortuna el otro estaba tan conmovido como ella y esta poco urbana frialdad pasó inadvertida.

—Creed, dijo el señor King entrando desde luego en materia, que no me hubiera atrevido á venir á encontrar á vucencia si no fuese porque he de hablaros de un asunto muy importante. Tengo una prima, hija del vicepresidente King, para la cual estamos buscando, de algunos años acá, un buen partido; empresa que nos tiene bastante preocupados, pues ha declarado categóricamente que no ha de casarse sino con un hombre que sea de su gusto y hasta ahora no había encontrado ninguno que le agradase. Por último, la aparición de vucencia ha sido un rayo de luz que ha iluminado su camino mostrándole el paraíso de la dicha conyugal.

King hizo aquí una pausa esperando la respuesta. Eglantina, absorbida por sus meditaciones, no despegó los labios y su interlocutor prosiguió de este modo:

—Habiendo oído que vucencia es soltero, he aceptado el encargo de ofreceros la mano de mi prima. Desde que os he visto no he podido menos de alabar la elección que ha hecho. No creo que haya en el mundo una pareja más admirable que la que haríais los dos, ni más predestinada á la dicha en esta vida.

—Eso que me decís no puede menos de inclinarme á complacer á vucencia, respondió Eglantina. Agradezco de todo corazón el grande afecto que la señorita King se ha dignado demostrarme; mas yo no puedo echar en olvido la nobleza de su alcurnia y temo que no ha de ser un partido proporcionado para esta ilustre señorita. Por otra parte, mi padre está pasando un gran disgusto, y yo voy á Pekín, precisamente con el intento de sacarle de un mal paso. Ya comprenderéis que la ocasión no podía ser más inoportuna para contraer semejante compromiso.

—Tocante á la primera objeción de vucencia, replicó King, os veo llevar un sombrero con borlas de seda, y el hombre ha de ser profeta para vaticinar si andando el tiempo logrará ó no la alta posición que ambiciona. Por

lo demás, el asunto que os lleva á Pekín no puede tardar en arreglarse, y por lo tanto nada se opone á que sentemos ahora los preliminares, dejando para vuestro regreso la celebración de la boda. Con esto se calmará el espíritu de mi prima, que está ahora muy agitada. Mi plan no ha de servir de estorbo para la solución del asunto que motiva vuestro viaje á la corte.

A medida que iba King explicándose, veía Eglantina multiplicarse las dificultades. Por una parte, no le era dable explicarse sinceramente revelando la verdad, y por otra no se le ocurría ninguna objeción plausible para rechazar semejante ofrecimiento, por más que se lo hiciesen en ocasión tan inoportuna.

—Ea, dijo en sus adentros, ha llegado el momento de dar las explicaciones que un día ú otro habré de dar á Wei. Si no fuese por la esperanza de que más ó menos tarde he de ser la esposa de Tu, la vida sería para mí una carga pesada. Con ese señor King, tan empeñado en arrojar á mis brazos á su apreciable prima, ya no he de guardar tantos miramientos. La mejor manera de salir del atolladero será aceptar la proposición y regalarle la cajita que Wei me dió para mi supuesta hermana, á fin de que la entregue en mi nombre á esa doncella mal herida de amor.

Hechas estas reflexiones, volviése á King y le dijo:

—Desde el momento que tanto me honráis, no me atrevo á desechar vuestra proposición, y por lo tanto os ruego que deis esto á vuestra prima, como gaje de nuestra futura unión, transmitiéndole mi formal palabra de que si no le doy la mano, en mi vida he de darla á mujer alguna.

Recibió el señor King con gran regocijo el presente y dándole sin dilación á la doncella, que estaba esperando sus órdenes, mandóle que lo llevase al momento á su ama participándole al mismo tiempo la grata contestación que acababa de recibir su embajada.

Esperaba Eglantina que con esto habrían terminado tantas molestias, pero King insistió de tal manera en que debía celebrarse el acontecimiento con un festín, que era ya muy tarde cuando pudo finalmente salir de la casa.

Cuando estuvo ya en camino, su impaciencia para llegar á Pekín creció de tal manera, que prosiguió su viaje día y noche sin descanso «tragando viento y viviendo en el agua.» No tuvo sosiego su anheloso espíritu hasta que se hubo alojado en una posada cerca de la puerta Hata.

Traducción del inglés por

J. COROLEU.

(Continuará).

## NUESTROS GRABADOS

### En el restaurán

CUADRO DE FRANCISCO GÓMEZ SOLER

Con unas cañitas de manzanilla abren el apetito los dos personajes de este cuadro, mientras consultan la lista del restaurán. Las cañitas y la mantilla blanca de la señora descubren al instante dónde pasa la escena, que ha de ser precisamente en nuestras espléndidas comarcas de Andalucía, sino acaso en Madrid, que no ha desterrado del todo la airosa mantilla española. Algo hay, sin embargo, en el cuadro del joven artista Gómez Soler que parece hablar de Andalucía, de modo que de aquel país se imaginaría uno que ha sacado el cuadro, aun cuando no leyere «Sevilla» en la fecha. Su fisonomía española se advierte al instante, en los tipos de las dos figuras, y singularmente en el de la señora, en un no sé qué

peculiar á nuestro país y singularmente á las provincias del Mediodía. De los toros viene sin duda esta pareja, que ha completado la fiesta yéndose á comer al restaurán, costumbre muy seguida en las ciudades en que las mujeres suelen concurrir á las corridas. Observador de la vida real, Gómez Soler ha sabido interpretar el tema con una naturalidad y espontaneidad que no es preciso encarecer, porque la advierte en seguida el menos inteligente, con sólo fijar la vista por breves momentos en el grabado que publicamos, hecho por Sadurní, uno de nuestros hábiles grabadores en madera.

### ¡De él!...

CUADRO DE TITO CONTI

¡De él!... titula á esta pintura el artista italiano Tito Conti. ¡De él!... es la carta que está leyendo la aristocrática dama, y no hay que preguntar quién será él, porque el más zote lo adivina al instante. A ser de su padre ó de su hermano, aunque se pintara el regocijo en el rostro de la lectora, no sería con la expresión de beatitud que se advierte en ella y que sólo produce el sentimiento que es poderoso á arrastrar al bien y al mal á todo el género humano. Sí, aquella interior alegría que aparece en la boca y en los ojos de la elegante dama, del amor nace seguramente, y dicho se está que el elegido de su corazón firma á buen seguro la carta. Acaso tras de dulcísima despedida, con halagadoras promesas, estívole esperando un día tras otro, en época en que las estafetas iban todavía menos seguras y menos ligeras que ahora. Pasaríanse los días sin ver letra de su prometido, acaso se enturbiaba ya su mente fantaseando infidelidades que no existían, acusaríale tal vez de olvidadizo y casquivano, cuando á lo mejor la carta adorada deshizo en un instante todas estas negras suposiciones y convirtió otra vez la tierra en paraíso para la enamorada joven. Simpático el asunto, graciosa la figura, elegante la disposición y ejecución del cuadro, éste en conjunto constituye una de esas pinturas de camarín en que son maestros los artistas italianos de nuestros días, y en la que han sobresalido en España, Mariano Fortuny, Sans, León y Escosura, Raimundo Madrazo, Agrassot y otros varios.

### Primer amor

CUADRO DE CARLOS HOFF

Que está requebrando de amores el apuesto galán de este cuadro á la hermosa doncella, bien lo dice la expresión de los rostros en ambos. Sálenle á él las palabras del corazón, nobles, puras, cual lo es su primer amor y como se transparenta en su ingenua cara. Óyelas ella pudibunda, con aquel sentimiento mezcla de alegría y de espanto, con que la mujer escucha las primeras frases amorosas de verdad, no los requiebros y chicleos que los mozos dirigen á las muchachas bromeando y como tributo á su hermosura. ¡Qué sentidos son el aire y la actitud de las dos figuras! ¡Qué delicadeza se advierte en todo el cuadro! ¡Qué bien se armoniza con el asunto, el bonito fondo lleno de árboles floridos, escena de primavera lindamente interpretada! El difunto Carlos Hoff — puesto que murió hace algún tiempo el artista autor de esta obra — pertenecía á esa escuela alemana, que á veces cae en lo convencional por afán de idealizar, pero que no es nunca grosera y que no ofende nunca los nobles afectos del alma humana. El cuadro que reproducimos lo patentiza con indudable elocuencia.

### Mesa revuelta

El señor don Angel Muro publicó algunas observaciones sobre varios alimentos, y como son curiosas y pueden ser útiles, allá van:

No es lo que se come lo que alimenta sino lo que se digiere.

Veron decía que no se puede saber si se ha comido bien hasta el día siguiente.

Cabanis iba más allá, y su aforismo *On pense comme on digère*, es una verdad de á folio y todo un poema.

No hay que dudarle; la higiene no es más que el arte de conservar la salud y de prolongar la vida.

Cuando se observan bien todos los preceptos higiénicos, demuestra uno cariño á su propio individuo. La transgresión de las leyes de la higiene acarrea casi siem-

pre la corta duración de la existencia ó un cúmulo de enfermedades que la hacen insoportable.

Según la constitución de cada individuo, así deben modificarse las indicaciones de la higiene.

Los estimulantes no nutritivos, como el café y los licores, sostienen y hasta prolongan la acción de los órganos, pero la reacción sigue á sus efectos.

El descanso y los alimentos son los únicos medios que han de emplearse para recuperar nuestras fuerzas y devolverlas su actividad perdida, y por encima de todo la regularidad en el ejercicio y en el descanso de los órganos de nuestra vida, que se destruye rápidamente con la irregularidad en los actos de la existencia.

Los alimentos compuestos principalmente de fécula, que es la base de los cereales, son, para no citar más, la patata, lenteja, habas, guisantes y judías.

La fécula en estos manjares contenida, es de fácil digestión; produce mucho quilo y aumenta la sangre, forma un volumen considerable en su cocción.

El pan más ligero es el que está más fermentado, aunque es de menos alimento que el de masa apretada ó metida en harina. La miga alimenta más que la corteza, porque ésta pierde en el horno la parte feculenta, y cuanto más tierno es el pan resulta menos nutritivo.

La patata no alimenta. Sólo contiene un 25 por 100 de fécula. Las habas verdes—no el cantar—son alimento ligero, y con su cáscara ó vaina, tónicas y refrescantes.

La lenteja en puré es más fácil de digerir que en grano. La judía blanca seca es preferible para una buena digestión á la judía negra ó encarnada.

Los guisantes secos son alimento mejor que las judías, y en general estas legumbres secas nutren más que frescas ó verdes.

La castaña, según se come, asada ó cocida, es muy alimenticia y muy pesada en el estómago; pero si se la reduce á papilla, pierde de potencia nutritiva y gana en propiedades refrescantes.

En granos, el arroz es el más feculento, ligero y nutritivo, y otro tanto se puede decir del maíz, sagón, tapioca y sémolas ó pastas para hacer fideos, macarrones, etc.

En los alimentos compuestos de carne, hay que decir que los animales que la tienen fibrosa nutren más que aquellos que la tienen gelatinosa, y esto último es condición inherente de animales jóvenes.

La carne de vaca es la más saludable y la que constituye la base de la alimentación del hombre.

Con ella se restaura el cuerpo más completamente que con cualquier otro alimento.

Pero contra siete vicios hay siete virtudes, y si las carnes dan vigor, existen las inflamaciones, las hemorragias, las apoplejías, la gota y otros alifafes que lleva de conserva la alimentación demasiado sustancial.

Dos cosas hay que tener presentes cuando de comer carne se trata: las fibras y el jugo. Aquéllas son la porción material del alimento, y éste el resultado líquido. Los dos principios están reunidos en las carnes asadas, mientras que en las cocidas no reside más que uno, que ha pasado al caldo, en donde gelatinas y grasas se disuelven, resultando que lo mejor es caldo y lo peor es carne. La carne de carnero tiene menos jugo que la del buey ó vaca.

La carne de cerdo es pesada, pero alimenta mucho, como la del jabalí.

El cabrito, gamo, ciervo, liebre, alondras, codornices, chochas, perdices, faisanes, etc., participan de las cualidades del carnero, y según el condimento excitan é irritan.

# DE LAS NUBES AL CHOCOLATE

POR

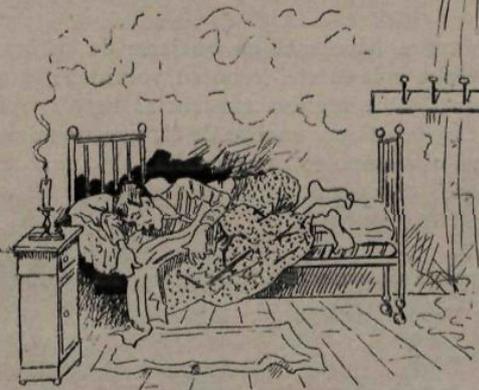
R. MORAL



Don Ricardito, un chico de la *creme* á quien le gusta mucho achisparse, llega una noche á su casa con una *papalina* fenomenal.



Su criada, vieja gruñona, al verlo en tan lamentable estado, trata de recriminarlo; el señorito le amenaza, y ella la emprende con él á mojicones y le hace retirarse á su dormitorio.



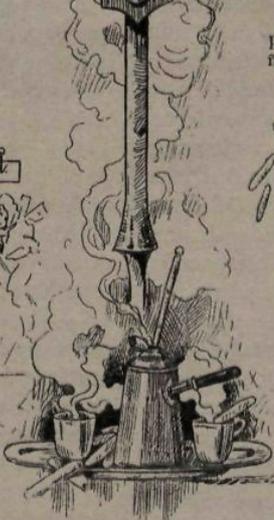
Una vez en él, se desnuda como Dios le da á entender, y se acuesta á dormir la mona.



Pero aquella noche sueña unas cosas horribles pues ve un batallón de brujas, que con la vieja gruñona á la cabeza quieren llevarlo á regiones ignotas.



Él no se conforma con la proposición; coge una daga y empieza á matar brujas hasta que no queda más que la *capitana*.



Viéndola sola, le da un golpe... despierta y ve que con la palmatoria le ha pegado en la nuca á la vieja que en aquel momento le entraba el chocolate.

Las asaduras y riñones de todos estos animales son indigestos.

Los cangrejos de mar y de río, las langostas, langostines y quisquillas nutren mucho, tanto como el atún, el sollo, el salmón y la trucha asalmonada, pero son de digestión más pesada. Las carnes crasas de la anguila, de la lamprea, de la tenca, de la tortuga y de la carpa, aunque no lo parezca, son fáciles de digerir, y sobre todo la raya.

El pavo es también alimento craso, se digiere bien y alimenta mucho; más que el gazapo, pollo, perdiz, gallina, etc.

Los pescados blancos de carne tierna y delicada no fatigan el estómago: merluza, pescadilla, salmonete, lutina, etc.

El arenque y la sardina, el berdel y el chicharro, son de cuidado, sobre todo secos y curados.

Entre los alimentos que no contienen ni carne ni fécula, está la sangre, que es tan nutritiva como indigesta, lo mismo que los hígados, sesos, mollejas, cuajares, gargareros, tripas y callos.

Las ostras, por el agua que contienen, alimentan mucho y no pesan en el estómago.

Las almejas y mejillones, dátiles y erizos de mar cocidos son difíciles de digerir.

La clara de huevo, si se come cruda y fría, es cosa que hace daño; batida se digiere mejor; cocida con leche su digestión es facilísima, y cocida sola, muy difícil, pero muy nutritiva; la yema es de un gran alimento y no pesa en el estómago.

La leche...

De la leche no quiero hablar porque para unos es la vida y para otros, como para mí, veneno.

\* \* \*

En la guerra de la Independencia, los franceses fortificaron el convento de capuchinos de Borja, guarneciéndolo con seiscientos hombres, en su mayoría polacos. Los españoles, al mando de Durán, los atacaron, y á pocos disparos del cañón que colocaron en la huerta de las monjas de la Concepción, se rindió el fuerte. Cuando una numerosa columna, procedente de Zaragoza, llegó en su auxilio, ya los españoles se habían llevado su presa. Entre los soldados de Napoleón, los que más se distinguieron en cometer toda clase de insultos, robos y violencias, fueron los húsares. Uno de ellos, arrogante mozo, luchaba con una hermosa labradora, que se defendía con el furor de la desesperación en el patio de la casa, cuando se presentó el marido en la puerta. Éste, llamado Tabuena, y el francés se miraron unos instantes de arriba abajo sin proferir una palabra. El húsar tiró una cuchillada al español, que la evitó dando un salto de costado; pero antes que pudiera repetirla, el aragonés, con la velocidad del rayo, le partió el corazón de una puñalada. También mató á otro húsar que encontró en la casa. El general francés dió orden á los tambores y trompetas de la división que se reunieran para tocar á degüello por cuatro horas; y se evitó, gracias á las lágrimas y talento de su patrona, la señora de San Gil, que hablaba francés, quien le refirió la verdad del hecho, y le convenció de lo injusto de tan horrible mandato.

Los franceses asesinaron á un pobre anciano; pero Tabuena á las pocas horas había aumentado el número de los que con Durán defendían el honor de sus mujeres y la vida de sus hijos.

\* \* \*

Érase un magnatē chino muy fatuo y orgulloso, que cifraba su mayor vanidad en llevar un traje recamado de oro, perlas y piedras preciosas. Paseándose ufano cierto día, sucedió que le fué siguiendo muy de cerca y por largo trecho un bonzo (sacerdote chino) anciano y mal vestido, haciéndole profundas reverencias y dándole las más expresivas gracias por sus perlas y preciosidades. —¿A qué vienen estas gracias? díjole al fin incomodado el fatuo magnate. ¿A qué tantas gracias si en mi vida te he dado nada?—¡Oh! sí, señor, contestó el bonzo; me dais el placer de contemplar de balde todas estas riquezas y preciosidades que á vos os cuestan dinero, y que, además, os dan el trabajo de llevarlas á cuestras y el cuidado de guardarlas.

\* \* \*

Un medio muy sencillo y completamente inofensivo para conservar la leche, consiste en añadirle una corta cantidad de bicarbonato de sosa. Lo que se coge con la punta de un cuchillo es bastante para dos litros de leche. Este medio es preferible á la adición de ácido bórico y de ácido salicílico, que pueden perjudicar grandemente á la salud. El bicarbonato de sosa es inocente.

\* \* \*

El hombre hace mal en quejarse de su condición: pretende que es la suerte, y no su voluntad, lo que gobierna su débil y fugitiva existencia. Pero si reflexiona verá que nada está por encima de él, y reconocerá que no es fuerza ni tiempo lo que le falta, sino una actividad inteligente.—SALUSTIO.

\* \* \*

Atribuir á un autor la idea que no ha tenido, es una maldad.—MARCIAL.

\* \* \*

Cuando uno siente el malestar, el fastidio de sí mismo que engendra la ociosidad, el único remedio es la acción, la fuerte preocupación que produce un trabajo honroso.—SÉNEGA.

## Recreos instructivos

### XIV

—Vayan á buscar las sombrillas, porque tendremos que pasar algunos ratos al sol: nuestra galería fotográfica no está como la de Nadar ó Disderi; á pesar de que la rodea la atmósfera pura de las vecinas montañas, de que ya quisieran disfrutar los parisienses, metidos entre bajas y húmedas colinas.

Primero cortaremos el papel ferroprusiato en el cuarto oscuro, para que no se impresione; si le diese la luz, quedaría inservible; luego tomaremos algunas hojas cuyo tamaño no exceda del de nuestras flamantes prensas, y colocando las hojas encima de la parte sensible del papel, se sujeta éste entre los dos cristales con las pinzas, y al sol con ello. Dentro de un rato, cuando la luz haya puesto amarillento el papel en los sitios descubiertos, llevaremos la prensa al cuarto oscuro, y sumergiremos en agua el papel impresionado: bastará para alumbrar la operación la luz



# SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

**Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.** — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

**Línea de Filipinas.** — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

**Línea de Buenos Aires.** — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

**Línea de Fernando Póo.** — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

**Servicios de África.** — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

**Servicio de Tánger.** — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**AVISO IMPORTANTE.** — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.<sup>ª</sup>, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.<sup>ª</sup> — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.<sup>ª</sup> — Málaga; don Luis Duarte.

## CRISTOBAL COLÓN

SU VIDA — SUS VIAJES — SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles. — Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

## GRAN CERERIA



**ESPECIALIDAD** en cirios, blandones, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATÓLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

**BLANQUEO** de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

**FÁBRICA DE BUJÍAS** ricas y transparentes, blancas y en colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones estearícos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expediciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princess, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

Dr. C. Krauch

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 238 páginas en 4.<sup>ª</sup>, impreso con papel superior y tipos claros, y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 23 reales.



**Vigor del Cabello del Dr. Ayer,**

Preparado Bajo Bases Científicas y Fisiológicas,

para el Tocador.

El Cabello cuando no se le cuida debidamente pierde su lustre, se pone duro, rasposo y seco, y se cae con profusión al peinarse. Para impedirlo la preparación mejor es el

**Vigor del Cabello del Dr. Ayer.**

Destruye la caspa, cicatriza los humores molestos del cráneo, devuelve su color original al cabello decolorado y gris, lo pone sedoso y le comunica una agradable fragancia. Con el uso de este cosmético la cabeza menos poblada se cubre de un cabello

**Exhuberante y Hermoso.**

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer es un artículo de tocador muy en voga entre las señoras y caballeros, y á éstos les hace un señalado servicio porque les devuelve y conserva la juvenil apariencia de su barba y bigote.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., U. S. A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

## COMPAÑÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

### OBLIGACIONES

Celebrado en el día de hoy el 5.º sorteo para la amortización de obligaciones de la Compañía, según se dispone en la escritura de emisión de las mismas, ha correspondido la suerte á las 15 bolas números 239, 387, 432, 561, 702, 792, 795, 884, 1097, 1158, 1216, 1701, 1745, 1885, 1943.

En su consecuencia quedan amortizadas las 150 obligaciones números 2381 á 2390, 3861 á 3870, 4311 á 4320, 5601 á 5610, 7011 á 7020, 7911 á 7920, 7941 á 7950, 8831 á 8840, 10961 á 10970, 11571 á 11580, 12151 á 12160, 17001 á 17010, 17441 á 17450, 18841 á 18850 y 19421 á 19430.

Con arreglo á lo que previene la referida escritura de emisión se hacen públicos los antecedentes datos para conocimiento de los interesados, que podrán percibir, desde el día 1.º de Octubre próximo la cantidad de 500 pesetas por cada una de las obligaciones amortizadas.

Desde el mismo día se satisfará el importe del cupón n.º 5 de todas las obligaciones emitidas tanto de las amortizadas, en este sorteo como de las no amortizadas.

El pago del valor de la amortización y del cupón se verificará en el domicilio de la Sociedad, Rambla de Estudios n.º 1 bajo, en la sección de Contabilidad desde las 9 hasta las 12 de la mañana, mediante la presentación de los títulos de las obligaciones á las que ha correspondido la amortización en este sorteo y del cupón n.º 5. Antes de proceder al cobro, se servirán suscribir los Sres. obligacionistas las facturas que se les facilitarán gratuitamente para este efecto en las mismas oficinas y verificar el pago de las obligaciones amortizadas y del cupón n.º 5 se procederá en el acto á su inutilización.

El pago, tanto de los cupones como del importe de las obligaciones amortizadas, tendrá lugar durante los 20 primeros días del mes de Octubre, y transcurrido este plazo los lunes y jueves de cada semana á las horas indicadas.

Barcelona, 15 de Septiembre de 1892.

El Secretario general, Carlos García Faria.